

**ANTE LOS 60 AÑOS DE “CANTO”
DE SARA DE IBÁÑEZ**

Jorge Arbeleche

En 1940 aparecía un nuevo libro de poesía titulado *Canto*. Su autora, Sara de Ibáñez, se instalaba con él, en el primer plano de la poesía nacional y americana. Además de ser traducido a otras lenguas, fue recogido y reseñado por los más selectos críticos del continente. Hoy, a los 60 años de aquella circunstancia, la Academia Nacional de Letras ha resuelto celebrar ese acontecimiento con la transcripción del prólogo de Pablo Neruda, quien saludara a la poetisa y al libro, en forma entusiasta y definitiva.

No por azar tituló *Canto* a su libro primero; no por azar Roberto Ibáñez tituló *Canto póstumo* al último. El canto es, en Sara de Ibáñez, la manera de acceder al misterio y es también la manera de acceder a la realidad; en definitiva: su modo de estar en el mundo. En tanto que creación, el canto se vincula con lo sagrado, que en su cosmovisión equivale a la vida.

En la misma medida en que el poeta —el dotado para el canto y el vocacional del canto— vive esta condición como elegido y como eligiente, se constituye en figura trágica y, por lo mismo, heroica. Por eso su obra diseña la figura del poeta bajo especie de heroicidad y la poiesis bajo especie de agonía, en el sentido griego.

Ligado a lo anterior se presenta el uso simbólico de la metáfora del fuego en todas sus configuraciones: fuego, llama, hoguera, incendio, brasa, ascua, etc. Para ella la poesía pertenece a la especie y a la esencia de lo ígneo, con lo cual, también aquí, se une a lo divino.

“Toda su obra se rige por una noción del ‘Canto’ que en ella se identifica con una potencialidad de lo vital y una aproximación a lo sagrado. El ‘Canto’ es también una manifestación de la armonía. Está integrado por dos elementos: la palabra y la forma. Es a través de ésta que se accede a la estructura esencial y necesaria para captar la armonía poética que habrá de reflejar la armonía universal. Por eso, cuando el lenguaje de Sara de Ibáñez recrea, por momentos, el del Siglo de Oro español, es por una definida voluntad estética del poeta, ya que éste está imbuido del espíritu renacentista, buscador de la armonía del universo. Por eso, la forma es para Sara una manera de ser en el mundo, una posibilidad de captarlo, de

aprehenderlo y de expresarlo. No permanece sólo como valor estético; deviene también ético.”

Sara de Ibáñez pertenece a la clase de escritores plenamente conscientes de sí mismos. Es así como “la palabra” adquiere en ella valor de instrumento y toma el carácter esencial de enlace entre los hombres. La palabra será, entonces, junto a la estructura forjada, una unidad comunicante indisoluble que cumplirá a la vez la función de testigo, admonición, transmisión y generador de belleza y verdad, en una concepción platónica del mundo.

Prólogo

Montevideo, para recibir al Atlántico, junto a sus inmensos malecones, en cuyas paredes los niños escriben la palabra “Poesía”, ha levantado estatuas a sus grandes poetas, los más graves, los más nocturnos y ciclónicos de la poesía universal.

Golpeadas por el mar y vecinas hasta darse las manos de piedra oscura, emergen las cuatro esculturas ardientes: Lautréamont, Laforgue, Herrera y Reissig, Agustini.

Gaviotas y otras aves del Río de la Plata se acumulan para descansar y dormir sobre las doloridas estatuas ciegas, así es que de amanecer, cuando con mis camaradas Jesualdo, Saralegui, Podestá, Capurro, Ibáñez llegábamos hasta ese recinto marino, entre la delgada niebla escuchábamos un ruido de pájaros salvajes, un aleteo innumerable que elevándose de sus hombros y de sus liras dejaba descubrir, de pronto, las presencias silenciosas.

En esta atmósfera de aire alado y de veneración elemental ha crecido, secretamente, Sara de Ibáñez, grande, excepcional y cruel poeta. Junto a esas sombras de piedra estelar, bajo los gigantescos dinteles infernales, entre estos dedos de fuego y sombra heridos por la luz abandonada del litoral, había, pues, un corazón de palpitante rama, un coral vivo creciendo en el esplendor sumergido. Estructura y misterio, como dos líneas inalcanzables y gemelas, tejían de nuevo la vieja, temible y sangrienta rosa de la poesía. Y unas poderosas manos de mujer uruguaya la levantan hoy, brillando aún de sustancias originales, en esta claroscuro hora crepuscular del mundo.

¡Mígnificada mano, sal misteriosa! Ella se forma, en su fondo sin tiempo, endureciendo allí la raíz cereal y la deslumbradora faceta. Ella aguarda su destino, sobrepasa las épocas del vapor y del humo, y cuaja su sagrado mineral en agudas flechas que atraviesan la sangre.

Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de Sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el del arrebatado sometido al rigor: el del estremecimiento convertido en duradera espuma.

Verla a ella, ver su dolorosa y extraordinaria belleza, en que el cutis de cera perdida rodea los ojos inmensos y estancados de los que brota una luz verde, mirar todo su ser maduro y moreno es comprender nuestra mayúscula América: tiene en su belleza taciturna, algo de Gabriela Mistral: es tal vez un aire misterioso y grandioso, un encadenamiento volcánico que no nos es dado descifrar. Es, sin embargo, mucho más fina que la geológica araucana: todo su rostro, mas no su corazón, han sido endulzados: la raíz sigue siendo amazónica y caudal.

Escribo estas líneas en un barco, junto a las costas de África. Ya comienza el mar a sostener cañones, y el aire a entrar en la venenosa y moribunda hora de la guerra. La fuerza ha exterminado mucha luz en España. Y Austria, Checoslovaquia, Albania muestran también sus desgarradores charcos de sangre humana. Las tinieblas invaden el otoño blanco de Europa.

Y en estos días de océano, los versos mil veces leídos por Sara de Ibáñez han sido americana agua dulce de mi garganta, pero llegada de los ventisqueros de España, de las cimas rayadas ya por las nieves eternas. Sí, la indestructible nieve clásica conforma estas nuevas edades de nuestras praderas, trayendo un material definitivo, una osamenta precisa a la cual Sara de Ibáñez adhiere su cauce incendiario.

Bien recibida sea: es de la más alta aurora. Y para esta recogida furia poética, como para María Luisa Bombal, maravillosas criaturas, salidas a la luz no como indecisos fantasmas sino como medallas claras, ardientes y definitivas, devolviendo en su metal duro y duradero una luz vuelta a la muerte, luz de estos agónicos y crueles estados de la tierra: para ella, para ellas, reverencia y adoración. Aquí agoniza un término y se determina un nuevo universo radiante.

Pablo Neruda

S.S. "Campana", abril de 1939.

Isla en la tierra

Al norte el frío y su jazmín quebrado.
Al este un ruiñón lleno de espinas.
Al sur la rosa en sus aéreas minas,
y al oeste un camino ensimismado.

Al norte un ángel yace amordazado.
Al este el llanto ordena sus neblinas.
Al sur mi tierno haz de palmas finas,
y al oeste mi puerta y mi cuidado.

Pudo un vuelo de nube o de suspiro
trazar esta finísima frontera
que defiende sin mengua mi retiro.

Un lejano castigo de ola estalla
y muerde tus olvidos de extranjera,
mi isla seca en mitad de la batalla.

(de *Canto*)

Isla en la luz

Se abrasó la paloma en su blancura.
Murió la corza entre la hierba fría.
Murió la flor sin nombre todavía
y el fino lobo de inocencia oscura.

Murió el ojo de pez en la onda dura.
Murió el agua acosada por el día.
Murió la perla en su lujosa umbría.
Cayó el olivo y la manzana pura.

De azúcares de ala y blancas piedras
suben los arrecifes cegadores
en invasión de lujuriosas hiedras.

Cementerio de angélicos desiertos:
guarda entre tus dormidos pobladores
sitio también para mis ojos muertos.

1939.

(de *Canto*)

IV

¿Por qué me duele el cielo,
su luz de llaga que olvidó la muerte?
¿Por qué este oscuro duelo
que mi lengua pervierte
y en mi propio verdugo me convierte?

Voy a vivir la estrella,
voy a tocar su frente de alegría.
Voy a matar la huella.
Voy a estrenar el día.
Voy a olvidar la gran palabra fría.

Voy con el agua entera
llena de pechos vivos y rumores;
la mansa, la viajera
de los largos temblores,
la de los infinitos ruseñores.

Voy por la savia oscura.
Voy a crecer con cedros y palmeras.
Voy por la rosa pura,
por las enredaderas,
por los pausados musgos de las eras.

Por la vena del oro
suelto mis minerales sensitivos.
Gastaré mi tesoro,
mis panales altivos,
la silenciosa luz de mis olivos.

Voy a escapar... Ya siento
flotar mi gran raíz libre y desnuda!
Pero no... Me arrepiento
y tuerzo el ceño, ruda,
amarga, amarga, amarga, amarga y muda.

(de *Canto*)